

VISIÓN, PERSPECTIVA E INTERPRETACIÓN DE DON ALFONSO NORIEGA CANTÚ

Eduardo PRIETO LÓPEZ

Los directores de la Facultad de Derecho y del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM, licenciados José Dávalos y Jorge Madrazo, me hicieron el honor de pedirme que escribiera un trabajo con mi visión, perspectiva e interpretación de don Alfonso Noriega Cantú, en sus distintas facetas.

Conocí y se inició mi amistad con el "Chato" por motivos de carácter social en el año de 1940. A partir de esa fecha nos veíamos con bastante frecuencia. Colaboramos juntos cuando yo fui presidente y él gerente de la Confederación de Cámaras Industriales; posteriormente formamos parte del Consejo de Estudios de Historia de México de Condumex; hicimos algunos viajes juntos por la República mexicana y en el extranjero, y principalmente existe una amistad muy estrecha entre nuestras dos familias. Bautizó a una de nuestras hijas. Hemos sido vecinos en Jardines del Pedregal desde hace muchos años. Nuestros hijos y nietos tienen una gran amistad y, principalmente, mi esposa Tella y María del Carmen, esposa del Chato, se ven con frecuencia.

No traté al Chato Noriega como su alumno, ni como colega en círculos universitarios, por lo que mi visión de él no tendrá valor ni interés desde un punto de vista académico. Solamente puedo apreciar su talento y cultura en general, su extraordinario don de gentes, su simpatía, sus rasgos de hombre caritativo y el afecto, respeto y admiración que cultivó en su familia y numeroso círculo de amigos.

El maestro Noriega fue un hombre polifacético, extraordinariamente dotado para desenvolverse en numerosas actividades. Lo mismo se dedicaba a hacer un trabajo sobre Lope de Vega, un tratado de derecho o un discurso académico. Formó una extraordinaria biblioteca, una valiosa colección de timbres postales, y lo mismo se desayunaba con alumnos y amigos, que comía con un grupo de intelectuales. Asistía a juntas de Consejo; bautizaba a sus numerosos ahijados; asistía

como testigo a bodas, y como sinodal a exámenes profesionales; iba al teatro; participaba en reuniones de grupos de todas las escalas sociales. En su época, practicaba deporte, cumplía con sus funciones de consejero de dependencias gubernamentales y privadas; llevaba juicios de amparo en su despacho; viajaba, principalmente a España; charlaba con gran amenidad y gracia con toda clase de amigos y, religiosamente, seguía dando su clase de garantías y amparo en la Facultad de Derecho, con una trayectoria de asiduidad y con una brillantez extraordinaria.

Una de las pocas cosas que no hacía el Chato era lo que vulgarmente se le llama "lambisconear" a sus muchos amigos importantes en el mundo político. Fue querido amigo y compañero, de clase o de despacho profesional, de funcionarios tan importantes como el presidente Miguel Alemán Valdez, el regente Ernesto P. Uruchurtu, y los secretarios de Hacienda, Antonio Carrillo Flores y Antonio Ortiz Mena, a los cuales nunca les pidió que lo favorecieran con puestos públicos o que lo ayudaran a "coyotear" negocios. Si les pedía favores no era en beneficio personal sino para ayudar a algún amigo.

Otra de las actividades para las que el Chato no estaba bien dotado fue la de ser negociante y aprovechar oportunidades para hacer dinero. Vivía de sus sueldos, honorarios como profesor, abogado y consejero.

Cuando construyó su casa (con grandes esfuerzos) en el Pedregal de San Ángel, bajo la arquitectura extraordinaria de su amigo José Villagrán García, el Chato decía que esa casa "era la tumba de sus ahorros y la cuna de sus adeudos". Afortunadamente contaba con la colaboración y buen gusto de su extraordinaria compañera María del Carmen, quien supo formarle un hogar envidiable, tanto por el buen gusto del ambiente de su casa, como por su muy agradable vida familiar, a la cual el Chato contribuía con su simpatía y afecto.

Para lo que tuvo el Chato un extraordinario ojo y buen gusto fue para formar una colección de pinturas a través de muchos años. Invirtió relativamente poco en las pinturas, por la época en que las compró y por su gran amistad con muchos de los pintores de su tiempo.

El Chato lo mismo era amigo de toreros, como Silverio Pérez, de personajes de la farándula, como Manolo del Valle, de una legión de intelectuales y escritores, de personajes de la política y del mundo de los negocios, periodistas, alumnos y personajes de nuestra mejor sociedad. Era raro encontrar alguna persona en nuestro México que no conociera, apreciara y admirara al Chato.

Tuve la fortuna, durante los últimos años, de que formáramos parte del Consejo Consultivo del Centro de Estudios de Historia de México de Condumex. En el Consejo figuraban eruditos en historia tales como Edmundo O'Gorman, Silvio Zavala, Agustín Yáñez, Antonio Martínez Báez, Antonio Carrillo Flores, Nacho Bernal, Chucho Reyes Heróles y Miguel León-Portilla. Yo participaba en el Consejo como funcionario de Condumex y no por méritos como historiador. Las juntas eran una verdadera delicia por los intercambios eruditos e ingeniosos sobre distintos aspectos y épocas de nuestra historia. El Chato siempre brillaba por sus conocimientos, ingenio y extraordinaria memoria.

El doctor Noriega ocasionalmente se movía en el mundo de la bohemia; tenía muchos amigos bohemios, pero él nunca fue un bohemio. Poseía un gran sentido de la responsabilidad y siempre era muy pulcro en su manera de actuar y de vestir. Sería un detalle sin importancia, pero nunca llegué a ver al Chato sin estar perfectamente arreglado, rasurado y peinado, aun cuando estuviera enfermo en un sillón de su casa.

El Chato era el alma de las reuniones a las que asistía. Contaba anécdotas y chistes con oportunidad y buen gusto. Conversaba con gran cultura y amenidad; en fin, su presencia en las reuniones sociales siempre era muy grata y deseada.

El Chato daba la impresión de ser un liberal de hueso colorado; sin embargo, tenía una vida espiritual profunda, sin ostentaciones de mochería, pero con una enorme fe en los aspectos fundamentales de su religión. Fue un gran amigo de monseñor Octaviano Valdez, y una de las aficiones favoritas del Chato eran las famosas reuniones del mate a las cuales concurría un selecto e ilustre grupo de amigos, de todas las creencias y filiaciones.

En los últimos años de su vida el Chato padeció enfermedades serias que le causaban limitaciones físicas, a veces sumamente dolorosas. Tomó sus enfermedades con extraordinaria entereza; no perdió su buen humor ni su gozo de la vida. Nunca permitió que sus problemas físicos de los últimos años le impidieran seguir dando sus clases en la Facultad de Derecho, asistir a reuniones de carácter académico o social y cumplir con sus obligaciones profesionales. Hasta el día que murió conservó su sentido del humor y hasta muy pocos minutos antes de morir todavía bromeaba con los médicos y enfermeras.

Fue un hombre completo el doctor Noriega, un tipo inolvidable con grandes cualidades y alguna que otra debilidad que hacía resaltar su aspecto humano. De pensamiento profundo, pero al mismo tiempo con gran capacidad para apreciar y disfrutar los aspectos triviales de la vida. En una ocasión, el Chato le pidió a un amigo intelectual —cuyo nombre prefiero no mencionar— que leyera uno de sus trabajos. Su amigo, al regresar el trabajo le dijo: “Me parece muy bueno tu trabajo, lástima que seas tan frivolón”. El Chato le contestó: “Si vieras qué trabajo me ha dado ser frivolón, porque serio y solemne cualquier ‘penitente’ lo puede ser”.

A pesar de la ascendencia absolutamente criolla del Chato y de su esposa, María del Carmen, el Chato era auténtica y fanáticamente mexicano. No tenía xenofobia y reconocía los méritos de otros países, pero nunca aceptaba ningún comentario que pudiera poner en duda la capacidad de México para ser una gran nación.

Después de que el Chato falleció, me ha encantado ver las atenciones y las enormes y constantes muestras de cariño y amistad que ha seguido recibiendo su encantadora esposa María del Carmen. La visitan constantemente amigos del Chato y cuando va uno al hogar de los Noriega sigue uno sintiendo la presencia del Chato. El Chato tenía una marcada presencia física, pero también una influencia espiritual que ha dejado de estar físicamente entre nosotros. El Chato no era exclusivamente un marido proveedor en su hogar, un profesor de la escuela, un abogado en su bufete, sino que llenaba el ambiente con su simpatía y talento, y eso lo seguimos palpando y sintiendo cuando visitamos a María del Carmen, con quien estaba muy identificado el Chato y formaba una gran pareja.

El doctor Noriega tenía un aspecto agradable de criollo: alto, fuerte; sin embargo Dios, sabiamente, lo hizo chato, de otra manera, como él algunas veces bromeaba, se hubiera convertido en un galán o *playboy* con gran talento y simpatía, pero sin el incentivo de superarse intelectualmente como lo hizo. Se casó con una bella mujer, María del Carmen, y tuvo una bellísima hija, Sarita, ahora casada con Miguel Angoitia, los cuales le dieron al Chato y a María del Carmen cuatro nietos encantadores.

El Chato fue un hombre feliz que hizo felices a los que lo rodearon. Sufrió, como todos nosotros, problemas, pero los superó con gran entereza y buen humor. No conoció la soberbia: fue humilde, a pesar de sus grandes méritos intelectuales, y un hombre bueno y caritativo. Todos sentimos que Dios se llevó a uno de sus mejores hijos.